

**GALLARDO DURÁN, José María (ed.): *Abril de 1812. Asedio y captura de Badajoz. Despachos de Wellington. Diario de J. F. Burgoyne. Memoria de J. MacCarthy, Badajoz*, Departamento de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, 2014. 483 pp.**

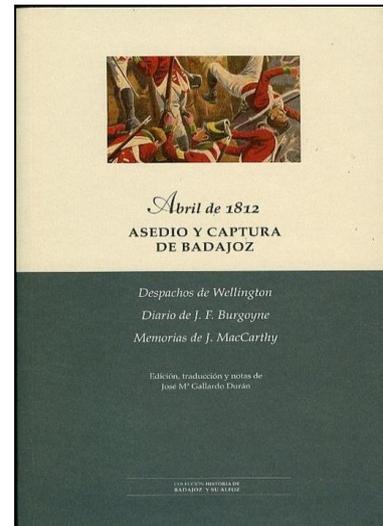
*Daniel Aquillué Domínguez  
Universidad de Zaragoza*

### **Asedios memoriales, paralelas historiográficas. De 1812 al presente.**

No cabe duda de que unos de los rasgos más característicos de la conocida como Guerra de Independencia Española –o Guerra Peninsular y así abarcamos el no pocas veces olvidado Portugal– fueron los asedios de ciudades y plazas fuertes. Los sitios fueron, incluso antes que la guerrilla, una cuestión fundamental para los bandos combatientes de entonces y para las narrativas historiográficas y/o nacionales posteriores<sup>8</sup>.

El presente libro se centra en el cuarto asedio de Badajoz, el más conocido de los que sufrió la plaza extremeña entre 1811 y 1812. El primero de ellos culminó con la capitulación de la guarnición española ante las tropas napoleónicas en marzo de 1811, a los pocos días de la muerte del general defensor Menacho; el segundo tuvo lugar entre abril y mayo de ese mismo año cuando las tropas aliadas pusieron sitio a la plaza –interrumpido por la cruenta batalla de La Albuera–, y el tercero se desarrolló entre mayo y junio cuando tras aquél encuentro bélico intentaron reconquistar sin ningún éxito la plaza. La labor de traducción de José M<sup>a</sup> Gallardo es, a todas luces, encomiable pues ofrece al historiador y al público en general, unas fuentes que sin duda serán una útil herramienta para investigaciones posteriores. Para presentar los textos traducidos, el editor nos introduce al contexto y a las propias fuentes primarias, algo siempre necesario. Acaba, para completar la obra, con un apartado de pequeñas reseñas biográficas que, si bien puede ser de interés para el lector no especializado, resultan quizás innecesarias para historiadores que probablemente hayan consultado o conozcan los personajes tratados y las obras clásicas de las que se extraen sus biografías<sup>9</sup>.

En los breves espacios entre traducción y traducción en los cuales el editor se permite tener voz, éste plantea – si bien, de forma sucinta– dos debates o controversias históricas e historiográficas que se arrastran desde el mismo desenlace de la Guerra Peninsular en 1814. La primera es ¿la guerra la ganó Wellington y sus tropas anglo-lusitanas o la guerrilla españo-



<sup>8</sup> Una reciente obra de Gonzalo BUTRÓN PRIDA y Pedro RÚJULA, *Los sitios en la Guerra de Independencia. La lucha en las ciudades*, Cádiz, Sílex, 2012, hace un compendio y análisis de sitios, señalando sus características y relevancia

<sup>9</sup> Estoy haciendo referencia a Alberto GIL NOVALES, *Diccionario biográfico de España (1808-1833)*, Madrid, Fundación MAPFRE, 2010.

la? Parece claro y de consenso historiográfico que sin las acciones de la guerrilla, –distracción de fuerzas, interceptación de comunicaciones, escaramuzas etc.– las tropas británicas no hubieran podido llevar a cabo sus operaciones bélicas, si bien es cierto que, sin ese ejército, las fuerzas españolas eran incapaces de llevar la ofensiva y, por tanto, de vencer. Además, me parece un acierto que mencione el papel del ejército regular español en dicho conflicto, pues queda oscurecido por sus (sucesivas) derrotas y por los dos actores principales anteriormente mencionados (p. 35). El ejército regular fue constantemente derrotado –al margen de los encuentros de Bailén en julio 1808, Alcañiz en mayo de 1809 y San Marcial en el verano de 1813– pero siempre reconstituido por autoridades, voluntarios y reclutas forzosos que, a pesar de su ineficacia en el combate, consiguieron retrasar e inmovilizar gran número de tropas del ejército imperial, permitiendo a los británicos y a los irregulares sus acciones. Además, es bien sabido que muchos militares acabaron en las guerrillas y que las guerrillas fueron cada vez más regularizadas, acabando por conformarse como divisiones del propio ejército<sup>10</sup>. La segunda controversia que sobrevuela los textos del editor es el asunto del saqueo que sufrió Badajoz, plaza aliada, por parte de “la hez de la tierra” –palabras demofóbicas con que el elitista y reaccionario Wellington definía a sus soldados– (p. 251). ¿A qué se debió el saqueo –y la impunidad con que se produjo– de Ciudad Rodrigo, Badajoz y San Sebastián? La disciplina –más de una vez arbitraria y muchas veces implacable– en el ejército británico era mantenida a base de látigos, deportaciones, horcas y fusilamientos (pp. 169-175), por tanto es difícil de explicar cómo ésta no se mantuvo en los tres casos citados. Wellington se preocupó mucho en la campaña del sur de Francia de la primavera de 1814 de que los soldados españoles no se vengaran a costa de las poblaciones francesas, pero poca atención prestó en sus despachos a los tres días de saqueo de Badajoz.

Vayamos ahora con los textos traducidos, las fuentes en sí, que son lo más interesante de la obra. Todos ellos coinciden en incidir en el desastre que fue el asedio británico de Badajoz en marzo-abril de 1812 y cómo éste tuvo un final positivo para las armas aliadas debido al éxito del que debía ser un ataque de distracción: la escalada del castillo. Los sucesivos asaltos a las tres brechas abiertas en dos baluartes y cortina de Badajoz fueron un estrepitoso –y muy cruento– fracaso. A ello alude el propio Wellington y los ingenieros Burgoyne y MacCarthy, indicando como causa la falta de un cuerpo de ingenieros y zapadores, vital en cualquier operación de sitio.

Los oficios de Arthur Wellesley suponen una fuente un tanto árida de la cual, al margen de la información sobre su estrategia –no tan defensiva como se presupone–, se puede extraer su conocida desconfianza hacia los españoles –y en especial hacia las instituciones liberales– y su visión negativa de la prensa británica.

Más interesantes creo que resultan –y sobre todo si los ponemos en contexto– las obras de J. F. Burgoyne y J. MacCarthy, ambos ingenieros ingleses, que tienen un paralelismo patente con las de sus homólogos franceses que, igual que ellos, cercaron ciudades en la Guerra

---

<sup>10</sup> Al margen del hispanista británico Charle Esdaile, citado en la obra, me gustaría señalar que esta revisión del papel del ejército regular español en el conflicto napoleónico está llegando incluso al nivel divulgativo: Arsenio GARCÍA FUENTES, “Organización, tácticas y experiencia en combate del Ejército español”, *Desperta Ferro. Historia militar y política del mundo moderno, siglos XVI-XIX*. (Especial II), 2012, pp. 10-19.

de Independencia y publicaron sus diarios y memorias unas décadas después –hubo una explosión memorialística en la Francia orleanista–. El diario de asedio de Burgoyne –editado en 1873 por su nieto– es, a todas luces, comparable con el del francés Jean Belmas que publicó en 1836 su *Journax des sièges faits ou sostenous par les français de 1807 à 1814 dans la Péninsule*<sup>11</sup>. Ambos fueron ingenieros que dejaron minuciosa constancia del día a día de excavar paralelas y levantar baterías con que bombardear una ciudad asediada, de las salidas de los defensores, las bajas y hasta los tipos de artillería y proyectiles usados en cada jornada. Por su parte, las memorias de MacCarthy –cuya segunda edición es de 1836– adquieren un tono literario, de cuadro heroico y dramático, que las hacen similar a las del barón L. F. Lejeune –jefe de ingenieros francés en el segundo Sitio de Zaragoza tras la muerte de Bruno Lacoste el 1 de febrero de 1809–, si bien éste último se extiende más en todas las campañas napoleónicas –en 1840 publicó su *Sièges de Saragosse* y en 1851 sus memorias completas<sup>12</sup>. Eso sí, de las descripciones de MacCarthy llama más la atención su exacerbado nacionalismo inglés que se resume en la frase “Sería imposible describir el heroísmo de nuestros soldados durante el asedio, baste decir que su corazón era británico” (p. 282), lo cual nos da una imagen de una intención nacionalista y nacionalizadora del texto, además del ensalzamiento del general Picton que señala el editor y traductor. Junto a ello, algo característico de esa narración es la explícita y descarnada descripción de la muerte que hace –quizás porque él mismo fue herido, al igual que Lejeune– pero que no conlleva una crítica a los desastres de la guerra: “un proyectil de cañón (...) le cayó encima entrando por la tetilla derecha y saliendo por la cadera izquierda le arrancó los intestinos, que quedaron colgando de los muslos y las piernas como si fueran un delantal” (p. 288).

Así pues, la importancia de toda esta obra recae más en la ímproba labor de traducción que se ofrece al lector y en la utilidad para futuras investigaciones de las fuentes primarias que en la escasa interpretación y contextualización que de ellas se hace. Este libro se enmarca en la larga agonía de un boom historiográfico y memorialístico de 2008, al calor del Bicentenario de 1808. Los fastos de aquel año duraron poco, la guerra de Independencia pareció circunscribirse solo a su primer año y la historiografía se saturó de obras. Pero, aunque en parte olvidado, los bicentenarios seguían y es labor de todo historiador y amante de la Historia, atender a los periodos históricos más allá de sus efemérides, pues, la Historia está en constante revisión, no es acumulativa, y se precisan de estudios y divulgación de la misma. En definitiva, esta obra, es un grano de arena más, un trampolín desde que otros investigadores e investigadora pueden recoger el testigo.

---

<sup>11</sup> Herminio LAFOZ RABAZA (ed.), *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios vistos por un francés*, Zaragoza, Editorial Comunitar, 2003.

<sup>12</sup> Pedro RÚJULA (ed.), *Los Sitios de Zaragoza. Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809. General Lejeune*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009.